

## El *Ordo Virginum* en los Padres Apostólicos: testimonios del ascetismo femenino en las primeras comunidades cristianas de la segunda generación

Jesús Galisteo Leiva<sup>1</sup>

Universidad de Cádiz

**Resumen:** La mujer cristiana desarrolló, ya en los siglos I y II, unas formas de devoción vinculadas al ascetismo y la renuncia sexual como forma de entrega plena a Dios, siendo ésta la primera forma de monacato cristiano (urbano, al contrario del que se desarrolló en los siglos III y IV que prefirió el desierto como destino en la búsqueda de la hesiquía) del que tenemos constancia escrita. De los inicios de esta institución fueron los Padres Apostólicos quienes dieron testimonio de ellas y, por tanto, su testimonio no ha de ser ignorado, siendo éste mi objetivo, analizar esos textos que, *a priori*, han sido marginados o evidenciados en el estudio académico de esta institución que cobraría mayor fuerza en el siglo IV unida al movimiento del desierto.

**Palabras clave:** Virginidad Consagrada, Padres Apostólicos, Monacato, Ascetismo Femenino, Paleocristianismo.

### The *Ordo Virginum* in the Apostolic Fathers: testimonies of female asceticism in the first Christian communities of the second generation

**Abstract:** Christian woman developed, as in the first and second centuries, some forms of devotion linked to asceticism and sexual renunciation as a form of full surrender to God, which is the first form of Christian monasticism (urban, unlike that it developed in the third and fourth centuries who preferred destination desert in search of hesychia) from which we have a written record. From the beginnings of this institution were the Apostolic Fathers who testified to them and, therefore, their testimony is not to be ignored, this being my goal, analyze those texts that, *a priori*, have been marginalized or evidenced in academic study of this institution would charge more strongly in the fourth century united the movement of the desert.

**Keywords:** Consecrated Virginity, Apostolic Fathers, Monasticism, Female Asceticism, Paleochristianism.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia y Máster en Patrimonio Histórico- Arqueológico por la Universidad de Cádiz (UCA). Contacto: g.l.jesus@hotmail.com

## 1. Introducción

Este artículo está destinado a suplir un vacío, existente en lengua castellana acerca de la importancia de la mujer en el fenómeno de la expansión del cristianismo en los siglos I y II, en la adopción ascética de la virginidad como forma de vida.

Generalmente se ha centrado la atención en los escritos neotestamentarios, a las actas martiriales, a los apócrifos o al tardío siglo IV para justificar, en la historiografía actual y, me atrevería a decir, que hasta cierto punto contaminada por la historia de género aceptando leyendas<sup>2</sup> y teorías infundadas,<sup>3</sup> para aceptar el papel crucial de las mujeres en la Iglesia primitiva y sus cargos asignados con una participación activa y, en más de una ocasión, ocupando un lugar destacado y dotado de cierta autoridad en la jerarquía eclesiástica.

La elección de este conjunto de textos, denominados Padres Apostólicos, redactados inmediatamente después o coetáneos a los escritos aceptados por el canon bíblico se debe, precisamente, a la ignorancia que se les presta en la actualidad a la información que ellos nos aportan sobre el ascetismo femenino cristiano de los primeros siglos, ya que se los trata como precedentes a la organización institucional del orden de las vírgenes o las viudas, pero nunca han ocupado un protagonismo central, siendo testigos imprescindibles de un movimiento religioso femenino de consagración que llegó a gozar de gran salud

---

<sup>2</sup> Sobre todo las relacionadas con apócrifos tardíos que ensalzan la figura de María Magdalena, en la mayoría de los casos en un contexto gnóstico.

<sup>3</sup> Exceso de importancia en la consagración de diaconisas dentro de las primeras Iglesias orientales, al igual que una acentuada importancia postmoderna interesada en que éstas dispusieran de un poder anacrónico dentro de las mismas como miembros de las jerarquías eclesiásticas. No obstante, las presiones feministas católicas han conseguido recuperar recientemente (mayo de 2016) el diaconado que perdieron durante la Antigüedad Tardía, en una búsqueda incesante de alcanzar el sacerdocio femenino dentro de la Iglesia católica.

dentro del Imperio Romano tardío. Tal vez no son más que breves o escuetas alusiones a su presencia en comunidades mayores y de dominio patriarcal, pero es posible asegurar que su organización como orden de vírgenes o viudas está patente y es previo a la sistematización institucional de Tertuliano<sup>4</sup> y Cipriano de Cartago,<sup>5</sup> y, precisamente por la importancia que estos términos adquieren desde el punto de vista histórico, los testimonios de los Padres Apostólicos sobre la religiosidad de las primeras cristianas no deben caer en el olvido ni evidenciarse en la reconstrucción de nuestra historia de las religiones o en la historia de género pues contribuyen a salvar una laguna importante en torno al protagonismo de las mujeres consagradas dentro de la Iglesia, origen del monacato femenino reglado del siglo IV.<sup>6</sup>

Por ello, decidido a suplir esa carencia, en lengua castellana, que afecta a la historia de las religiones y a la historia de género, consciente de la dificultad que implica analizar obras que no fueron originalmente destinadas a testimoniar la presencia histórica de las mujeres cristiano- primitivas ni, por supuesto, sus formas de culto, ritos u organización eclesiástica o litúrgica; ofrezco al lector de este artículo la posibilidad de encontrar en su conjunto toda la información sistemática que afecta a la religiosidad de las primeras cristianas según los textos de los Padres

---

<sup>4</sup> Autor de *De virginibus velandis* y *De cultu foeminaum*.

<sup>5</sup> Autor de *Liber de habitu virginum*.

<sup>6</sup> En palabras de Mercedes Serrato: «El ascetismo femenino se hallaba en franco desarrollo desde los primeros siglos del cristianismo, siendo ya en el siglo III cuando contamos con una mayor información al respecto gracias a los tratados que para fomento y guía de esta santa profesión dedican autoridades eclesiásticas como Tertuliano o Cipriano. Ciertamente es que los testimonios son escasos con anterioridad, más está fuera de duda la existencia de una ascesis practicada principalmente por un sector femenino de la sociedad cristiana que encuentra en las palabras de Cristo y en los consejos de Pablo de Tarso la justificación para la misma». Serrato Garrido, Mercedes, *Ascetismo Femenino en Roma*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1993, p. 15

Apostólicos,<sup>7</sup> no solo autor por autor, sino también con sus correspondientes análisis y clasificaciones posteriores, de manera que pueda encontrar todo lo relativo a las mujeres consagradas que este conjunto de textos cristianos del siglo II nos ofrece.

No hemos de olvidar la altísima consideración y admiración reverencial que los primeros cristianos tuvieron a sus ascetas vírgenes y continentes, y el lugar reservado a las mujeres devotas que aceptaban esa forma de vida abrió una gran puerta para su sexo y género cuya herencia histórica puede traducirse más allá de la libertad y respeto de la que no gozaron en los siglos precedentes, por el mero hecho de su naturaleza de mujer. De hecho, la virginidad (real o virtual<sup>8</sup>) y continencia<sup>9</sup> en las primeras mujeres cristinas hizo posible una suerte de sineisactimismo basado en el reconocimiento de las capacidades espirituales igualitarias entre hombres y mujeres que abrió paso a una reconsideración de la mujer como parte íntegra de la Cristiandad naciente, inherente y necesaria a la misma dotada de los mismos dones carismáticos o sobrenaturales que el hombre, facilitándoles espacios de acción socio- religiosa y económica de la que antes no podían disfrutar, o en otras palabras:

---

<sup>7</sup> A saber: San Clemente, San Ignacio, San Policarpo, Bernabé, el *Discurso a Diogneto*, Papías y Hermas. En la *Didaché* o *Doctrina de los Doce Apóstoles* no será contemplada dentro de este estudio pues carece de mención alguna a la este tipo de religiosidad femenina al estar redactado en fecha tan temprana (probablemente en torno a la década de los 70 del siglo I) en la que no existía una jerarquía eclesiástica tan compleja.

<sup>8</sup>Debido a que «se llegó a pensar que el bautismo permitía recuperar la virginidad» y que «la virginidad perduraba frente a la violación cuando la víctima negaba su consentimiento». Mc Namara, Jo Ann Kay, *Hermanas en Armas. Dos milenios de historia de las monjas católicas*, Herder, Barcelona, 1999, p. 19

<sup>9</sup> La abstención sexual en el cristianismo está basada, en gran parte, en el concepto filosófico griego de la *egcráteia* o *encrateia*, cuyo significado en castellano, en líneas generales, responde a tres vocablos «templanza», «continencia» y «abstinencia»; a los que podría añadirse el de «autodominio». Colombás, García M., *El monacato primitivo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004, p. 570

La virginidad acabó con las diferencias de sexo y convirtió a las mujeres en hombres al otorgarles la independencia y autoridad para seguir una llamada noble.<sup>10</sup>

Este inicio de un monacato urbano entre las mujeres, anterior al movimiento espiritual del desierto, otorgó una libertad de influencia de las mujeres sobre los hombres de una manera insospechada con anterioridad, poco visible en los textos, pero real. En gran medida porque el cristianismo de estos siglos comienza siendo doméstico. Si bien es cierto que la jerarquía eclesiástica está dominada por la tríada estratégico- piramidal de los diáconos, presbíteros y obispos, en esta estructura a las mujeres sólo se les permitió en el siglos I y II participar del diaconado<sup>11</sup> y, ni siquiera sabemos en qué condiciones o qué funciones cumplían o si fueron ordenadas por igual en la extensa franja en los inicios de la expansión y desarrollo del cristianismo, pues los testimonios son más escuetos o simples que los dedicados al comienzo del *Ordo Virginum*.<sup>12</sup> Retomando la idea anterior, hay que

---

<sup>10</sup> Mc Namara, *Ibidem*, p. 18. En la misma línea de pensamiento encontramos a Susanna Elm, que en su obra *Virgins of God*, esboza el perfil de la mujer cristiana Oriental, especialmente en el siglo IV, sobre este tema véase el capítulo 4 de dicha obra "Homousian Ascetism", donde pese a las diferencias físicas o externas y conceptuales de la masculinidad y la feminidad, ambos convergen a ser uno en el ser, alcanzando una igualdad de sexos sin precedentes, al suprimir el mismo en la teoría: «Here, the process reaches its ultimate expression: by means of ascetims , women understood themselves as having become virgins and men, or 'manly virgins', who could therefore live together with male virgins as complete equals», 134. Del mismo modo las madres del desierto mostraron un carácter viril, necesario para su supervivencia, llegando a ser incluso confundidas con hombres, transgrediendo en cierto modo las reglas sociales y legislativas concernientes a su sexo por alcanzar las glorias espirituales que parecían, aunque solo virtualmente, reservadas a los varones. Soler, Josep M. "Las Madres del desierto y la Maternidad espiritual", pp. 45- 63, en De la Serna González, Fray Clemente, OSB. *Mujeres del Absoluto. El monacato femenino historia, instituciones, actualidad*, Stvdia Silensia XII, Abadía de Silos, Burgos, 1986.

<sup>11</sup> El final de la ordenación de diaconisas en la Antigüedad, *grosso modo*, podemos situarlo en el siglo V, entre las prohibiciones de ordenación de mujeres en el Concilio de Orange (441) y poco después en el sínodo de Nimes; así como en la epístola enviada por el papa Gelasio a los obispos de Lucca, Abruzzi y Sicilia, datada en el 494. Fechas como puede apreciarse muy tardías. Mc Namara, *Ibidem*, p. 67- 68

<sup>12</sup> El *Ordo Virginum*, manifestación religiosa femenina caracterizada por la virginidad o celibato en el caso de las viudas, es la forma de consagración femenina más antigua dentro de la Iglesia y madre

recordar que la *domus ecclesiae*<sup>13</sup> precedió a la proliferación de templos en el cristianismo, y el culto doméstico y privado de los dos primeros siglos otorgó un papel mayoritario a las mujeres y su autoridad se basaba en la influencia de estos grupos mediante la profecía, a menudo unida a la virginidad. Todos estos dones que unían a la mujer con el Espíritu Santo al modo Pentecostal, las dotaba de un plano más elevado de existencia, con el reconocimiento implícito de hombres y mujeres que participaban de este culto privado en sus hogares particulares.<sup>14</sup> Este movimiento místico quedó immortalizado en las cuatro hijas de Felipe,<sup>15</sup> que unían estos dos carismas o gracias sobrenaturales.

Vizmanos destaca de este modo la dimensión eclesiástica que alcanzaron las primeras mujeres consagradas en su virginidad y cómo éstas fueron sublimadas por las comunidades cristinas primitivas:

En la concepción del siglo II, las agrupaciones cristianas formaban un templo, las vírgenes eran su altar. Así termina su descripción el Obispo de Esmirna Policarpo, en una carta dirigida a principios del siglo II a los creyentes de Filipos: (...) De hecho los cristianos se gloriaban del número y pureza de sus vírgenes como de un timbre nobiliario para sus Iglesias; las reverenciaban como a miembros de una categoría inferior al clero y a los mártires, pero superior a los simples creyentes; las contemplaban con religiosa delectación y las custodiaban con la solicitud cariñosa con que guarda la

---

del monacato femenino reglado. Su importancia histórica para la mujer es crucial pues permitió la participación plena con un lugar destacado dentro de la jerarquía eclesiástica que, desde su nacimiento, fue deudora y heredera del judaísmo patriarcal del que es originaria; lo que permitió que estas mujeres fueran valoradas desde el punto de vista religioso y, por ende, social, aportándoles además cierta libertad de actuación, así como, ocasionalmente, autoridad.

<sup>13</sup> «Las iglesias domésticas eran sineisácticas por naturaleza» casi siempre dirigidas por mujeres. Mc Namara, *Ibidem*, p. 34

<sup>14</sup> «Las antiguas tradiciones griegas siempre atribuyeron poderes proféticos a las vírgenes, y las nuevas comunidades cristianas se basaron en esta creencia para desarrollar una teología basada en la iluminación espiritual». Mc Namara, *Ibidem*, p. 37

<sup>15</sup> Las cuatro hijas profetisas de Felipe eran vírgenes consagradas y sus tumbas fueron objeto de culto en Asia Menor. Mc Namara, *Ibid*, p. 37

concha a la perla coagulada en su seno. Al nombrar a sus vírgenes, los fieles se erguían con arrogancia, recordando los rasgos sensuales de la mujer pagana.<sup>16</sup>

Son ellas, las vírgenes cristianas, las que verdaderamente protagonizaron el ascetismo y monacato femenino de los primeros siglos y, es por ello, por lo que los Padres Apostólicos, amén de los apologistas de los primeros siglos, centraron su atención, aunque solo fuera de forma momentánea en ellas, como ejemplo de mujeres santas correligionarias, dignas de servir como guías de las nuevas generaciones, tanto de mujeres como de hombres,<sup>17</sup> que perpetuaran la nueva fe. El desconocimiento real que tenemos de ellas, por lo escueto y simple de las alusiones que los testimonios del siglo I y II realizan al respecto, sobre su posición social y sus funciones eclesiásticas, dentro de esta naciente asociación religiosa o institución,<sup>18</sup> no priva de la belleza de la vocación y devoción que estas mujeres iniciaron bajo este proceso de ascesis voluntaria, pues lo hermoso de este movimiento es la transformación personal y mística que revolucionó el mundo interior de estas jóvenes que permitió a la mujer dar comienzo a su camino de santidad, antes solo reservado, en líneas generales, para los hombres (bien fueran patriarcas judíos o héroes paganos).

---

<sup>16</sup> Vizmanos, Francisco de B. *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. Estudio histórico y Antología patrística*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009, p. 58

<sup>17</sup> En las relaciones culturales entre los sexos, podía darse múltiples roles, desde la posesión-inferioridad, igualdad entre sus miembros o la superación de la debilidad del sexo (femenino), tal es el caso de las llamadas *mulieris uiriles*, que con su actitud varonil, es decir, la asunción de la idiosincrasia masculina, pudieran desempeñar ciertos roles antes vetados para su sexo y poder ganarse de este modo la aceptación y reverencia de los hombres como “casi” iguales. Valverde Castro, M. del R. “Mujeres “viriles” en la “Hispania” visigoda. Los casos de Gosvinta y Benedicta”, *Studia historica. Historia medieval*. Salamanca, N<sup>o</sup> 26, 2008, pp. 17- 44

<sup>18</sup> Serrato Garrido, *Ibidem*, pp. 16- 17

La virginidad, inicialmente asociada a hombres y mujeres por igual,<sup>19</sup> acabó finalmente por asociarse exclusivamente al ámbito femenino por la incapacidad de los varones en mantenerla intacta, así como por la indulgencia de los varones hacia las mujeres que les perdonaban su incontinencia, siendo más estrictos con la propia. No obstante, en el siglo II, la obsesión por mantener impolutos cuerpo y mente, acabaría, poco a poco con esta laxitud en el comportamiento de ambos sexos, y la tolerancia a las caídas de las vírgenes sería menor, sobre todo tras los rituales de consagración que se fueron asociando a las mismas, que exigían no solo el compromiso de las iniciadas, sino un estado hierogámico de desposorio místico<sup>20</sup> que iría tomando forma en el transcurso de los siglos.

El siglo II vivió un gran florecimiento de la virginidad en todo el mundo cristiano. Sabemos por san Justino, que las vírgenes vivían en sus casas con la propia familia, pero nos consta que su consagración las establecía en un estado de vida de todos conocido, como testifica san Ignacio de Antioquía en su carta a san Policarpo, y también al escribir a los esmirniotas. Vivían, pues, en castidad y oración, aunque participaban en la vida común de sus familias respectivas. Como sabemos acerca de los varones, las vírgenes se dedicaban también a las obras de caridad y apostolado.

---

<sup>19</sup> A mediados del siglo II, San Justino, en su *Primera Apología* (15), escrita entre 150 y 154, mencionó que sabía de numerosos ejemplos de hombres y mujeres de diferentes clases sociales que habían guardado castidad toda su vida siguiendo los preceptos evangélicos (Mt 19, 10- 12) o los consejos paulinos. Esta actitud de renuncia sexual perpetua unido al ascetismo cristiano de los orígenes también fueron conocidos y testimoniados por el ateniense cristiano Atenágoras o por paganos como el emperador- filósofo Marco Aurelio y el médico del emperador Cómodo, Galeno. Metz, René, *La Consagración de las Vírgenes, Ayer, hoy, mañana*, Visión Libros, Madrid, 2001, p. 22

<sup>20</sup> La sacralidad que llegó a tomar este simbolismo viviente y experimental transformaba a la joven prácticamente en un objeto sagrado: «La familia decidía la suerte de las muchachas. Si una muchacha iba a consagrarse como virgen había que envolverla en un lenguaje sacro elaborado. La muchacha que se encontraba entre las “esposas de Cristo” era tratada por los clérigos como un ex voto humano. Ya no seguía siendo una mujer; se había convertido en “un vaso sagrado dedicado al Señor”», Brown, Peter, *El Cuerpo y la Sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Muchnik Editores, Barcelona, 1993, p. 354

Los apologetas ponderan unánimemente su considerable número, destacándose con probabilidad entre ellos el rigorista Tertuliano que, en su tratado Sobre el velo de las vírgenes argumenta la obligación –dice- que las vírgenes tienen que cubrirse el rostro. Habla también sobre la existencia de un voto público de virginidad, sancionado posiblemente por la intervención de la autoridad eclesiástica; y a lo largo de la obra, se repiten expresiones como, por ejemplo, desposarse con Cristo, darse a Cristo.<sup>21</sup>

Como toda idea tendió a evolucionar y hacerse cada vez más compleja, perdiendo su sencillez inicial, pero en su sofisticación, aún conservó su esencia basada en la pureza del alma cristiana y del cuerpo como templo de Cristo, inviolable, tanto física como espiritualmente, si no existe una voluntad intrínseca en las acciones ajenas a la voluntad del ser cristiano:

Pero los cristianos extendían la virginidad como un estado espiritual al que llegaban las viudas y las casadas que hacían votos de castidad, y ni siquiera la violación podía arrebatársela a quienes conversaban la pureza de la mente.<sup>22</sup>

Para el análisis de estos textos me basaré en las traducciones de Daniel Ruiz Bueno publicadas en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), bajo el título de *Padres Apostólicos y Apologistas Griegos*,<sup>23</sup> pues no es mi intención suplir la labor del filólogo clásico sino la de aportar humildemente mi colaboración y trabajo y, quién sabe si aportar algo de luz a algún tema olvidado como este desde mi formación como historiador.

Sin más preámbulos, es el momento de analizar lo que los autores cristianos posteriores al canon neotestamentario nos ofrecen acerca de sus correligionarias,

---

<sup>21</sup> Masoliver, Alejandro. *Historia del Monacato cristiano. III. Siglos XIX y XX. El monacato oriental/ El monacato femenino*, (traducción de M<sup>a</sup> Sira Carrasquer), Encuentro ediciones, Madrid, 1994, pp. 110-111

<sup>22</sup> Mc Namara *Ibidem*, p. 45

<sup>23</sup> *Padres Apostólicos y Apologistas Griegos* (s. II), Madrid, 2009

mujeres consagradas en una institución eclesiástica que surgió casi de forma inmediata dentro de la Iglesia naciente, conocida como *Ordo Virginum*, que marcaría las formas de devoción femenina de los siglos posteriores durante la Antigüedad Tardía.

## 2. Clemente de Roma

La primera carta de San Clemente, el obispo romano discípulo de Pedro y Pablo, a los Corintios, escrita aproximadamente entre los años 95 y 96, ofrece interesantes alusiones al papel de la mujer que, desde el punto de vista simbólico, ocupa en la naciente religión cristiana. Sin embargo éstas se limitan a elogiar a las mártires cristianas, nuevas heroínas y que, poco a poco centralizarían la devoción tanto de las jerarquías eclesiásticas como las populares, con las Danaidas y Dirces<sup>24</sup> de la tradición helena de la que el mismo Clemente procedía y mostrar a la prostituta de Jericó, Rahab, como profetisa de la pasión de Cristo, bajo una original interpretación del paño púrpura protagonista del relato de *Josué* que le sirvió de traición y salvación al mismo tiempo.<sup>25</sup>

No obstante, en la *1 Epistola ad Corinthios*, es posible encontrar exhortaciones a las mujeres a la castidad y una vida ascética,<sup>26</sup> así como al amor casto.<sup>27</sup>

Del mismo modo, el papa Clemente advierte que la castidad como manifestación religiosa ha de ir acompañada de la humildad, para ser realmente una vida en santidad:

---

<sup>24</sup> 1 *Ep. Clem.* VI, 2

<sup>25</sup> 1 *Ep. Clem.* XIII, 7- 8

<sup>26</sup> 1 *Ep. Clem.* XXI, 6. «Muestren éstas la amable costumbre de su castidad; manifiesten la sincera voluntad de su mansedumbre; hagan patente, por medio del silencio, la moderación de su lengua. No practiquen la caridad llevadas de sus naturales inclinaciones, sino ofrézcanla santamente por igual a todos los que temen a Dios».

<sup>27</sup> 1 *Ep. Clem.* XXI, 8

El casto en su carne no se jacte de serlo, sabiendo que es otro quien le otorga el don de la continencia.<sup>28</sup>

En cambio, las dos epístolas a las vírgenes de San Clemente significarán una de las mayores fuentes de documentación para conocer los orígenes del *ordo virginum*. Casi se podría decir que la aportación del papa Clemente a esta forma de ascesis, complementaria sin duda a otras manifestaciones de devoción y piedad cotidianas, supone todo un tratado primitivo en la más pura esencia del cristianismo de los primeros años, donde las dispares manifestaciones de religiosidad y búsqueda de la pureza espiritual, ética y corporal vertebraban como denominador común a las primeras comunidades seguidoras de la estela del crucificado.

Podríamos afirmar que las dos cartas a las vírgenes clementinas son, sin lugar a dudas, el documento más significativo desde el punto de vista cualitativo respecto al ascetismo femenino en los Padres Apostólicos junto al *Pastor de Hermas*. Asimismo, ambas epístolas pueden ser consideradas en su conjunto como tratados virginales pre- tertulianas y ciprianas.

Sobre ellas Vizmanos afirmó lo siguiente:

La *Didajé* o *Doctrina de los doce Apóstoles*, a fines del siglo I, las *Epístolas pseudoclementinas* sobre la virginidad, algo más tarde, desdoblarían las dos direcciones fundamentales a que el impulso virginal del reino de Dios daba lugar. La dirección horizontal de los ascetas vírgenes consagrados por la castidad, para extenderlo en su fase terrestre, y la dirección vertical de las almas contemplativas, deificadas por la pureza, para gozarlo anticipadamente en su fase gloriosa.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> 1 *Ep. Clem.* XXXVIII, 2

<sup>29</sup> Vizmanos, *Op. cit.* p. 19

Así en el cristianismo más antiguo, en sus mismos orígenes, da una forma intelectual a la virginidad y la dota de su vertiente ética y espiritual en su fase más primitiva, iniciando así un contexto socio- cultural y eclesiástico.

Hay que puntualizar, antes del análisis de las cartas, que su contenido ha sufrido variaciones, algunas superficiales y otras significativas, pues nos han llegado dos versiones de las mismas, una en griego<sup>30</sup> y otra en latín.

También es significativo que las cartas van dirigidas a los cristianos que han elegido la continencia sexual como forma de devoción religiosa sin una distinción de sexos, pues en ellas se saluda a los hermanos y hermanas vírgenes. La virginidad era aún un estado sexual y socio- religioso compartido.

Desde el primer momento la intensidad ética y religiosa condiciona esta opción voluntaria de vida, pues la abstención sexual cristiana conlleva intrínsecamente una observancia trascendente de la vida, con una cosmovisión bien de un reino de los cielos inmediato en que el ascetismo particular exija un comportamiento irreprochable, intachable e inmaculado, aspirando a ser como ángeles, puramente intelectuales y anímicos; o aspirando a esa vida angélica en un reino de los cielos futuro, tras la muerte y la prometida resurrección de la carne, pero siempre bajo ese prisma de observación de la realidad trascendente y cambiante, apoyándose en la anhelada perfección que traerá consigo el Juicio Final y la Parusía, o en otras palabras, una ideología apocalíptica.

Porque quien verdaderamente se castró a sí mismo por el amor del reino de los cielos o profesa la virginidad, tiene deber de mostrarse en todo digno del reino.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> La versión griega, de autoría clementina, fue descubierta en 29 fragmentos conservados en la obra, πανδέκτης τῆς ἁγίας γραφῆς de Antíoco, monje de San Sabas, escrita a comienzos del siglo VII, ubicada cerca de Jerusalén.

A los que eligen la vida casta, Clemente los llama hombres de Dios, ensalzando este estilo de vida eclesiástica por encima de otros posibles, exigiendo que, como estado ideal del cristiano, hayan de ser perfectos en todo. Sus advertencias no son solo una cuestión ascética, sino un intento como líder de la Iglesia romana de que no se extravíen en formalismos y lleven una vida verdaderamente perfecta desde el ideario religioso cristiano, apuntando que no basta con llamarse fiel o ser virgen para salvarse, pues solo se salvarán si a su nombre de cristiano o estado casto van acompañadas las obras.<sup>32</sup>

Así la perfección cristiana y el contenido apocalíptico- escatológico inundan el ideario clementino de la continencia en la ascética eclesial, uniendo el contenido dogmático y soterológico a la *imitatio christi*:

Así pues, el joven, es decir, el que se ha castrado a sí mismo por el amor del reino, y la virgen, si no son en todas las cosas como conviene a verdaderos imitadores de Cristo, no pueden salvarse.<sup>33</sup>

La abstención sexual voluntaria por motivos religiosos rompe radicalmente con uno de los pilares del judaísmo, en el que Dios bendice a su pueblo bajo la orden creced y multiplicaos, inaugurando y delimitando una nueva forma de piedad y devoción no exclusiva de un grupo selecto y sacerdotal sino creando una institución extensiva y espontánea. Así, Clemente Romano, gran retórico y heleno en su educación, pero gran conocedor de las Escrituras, observa este fenómeno novedoso y lo dota de una teología que lo sustente; señalando que el que se

---

<sup>31</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* II, 1 (trad. g.).

<sup>32</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* III, 1- 2

<sup>33</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* III, 2 (trad. g.).

encuentra en estado de virginidad o castidad consagrada ha de rechazar tener progenie tal como dicta el Gén 1, 28 y al mundo y sus placeres, crucificando su cuerpo,<sup>34</sup> debe renunciar al mundo para vivir de forma angélica y divina por amor al Reino de los Cielos,<sup>35</sup> rechazar el pensamiento de la carne,<sup>36</sup> vencer al cuerpo, los placeres de la carne y el mundo, al siglo, al dragón, al león y Satanás,<sup>37</sup> para poder ser, finalmente, coronado con corona de luz en la Jerusalén celeste.<sup>38</sup> Así se encarna en la institución de las vírgenes y continentes el ideal de perfección ascética y santidad del cristiano antiguo.

Los *exempla*, que gozaron de una amplia tradición en épocas medieval y moderna, están presentes desde los comienzos de la literatura cristiana, aplicándose en este caso para sublimar la vida célibe. Tal es el caso de María, pues quién mejor puede representar la virginidad de forma icónica que ella, pues llevó en su vientre a Jesucristo, y el cristiano, que ha de ser imitador de Cristo, ha de aceptar que la virginidad como estado eclesiástico fue instituido por Cristo al tomar una virgen como madre.<sup>39</sup> Además otros personajes noetestamentarios aceptaron la virginidad por motivos religiosos, como Juan Bautista<sup>40</sup> y el apóstol homónimo.<sup>41</sup> Así como algunos profetas veterotestamentarios, como es el caso de Elías y Eliseo.<sup>42</sup>

---

<sup>34</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* III, 6

<sup>35</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* IV, 1

<sup>36</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* IV, 2

<sup>37</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* V, 3. Grandes males espirituales y perturbadores de la realidad ontológica en el pensamiento cristiano primitivo.

<sup>38</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* V, 2

<sup>39</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* VI, 1

<sup>40</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* VI, 2

<sup>41</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* VI, 3

<sup>42</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* VI, 5

Pero por encima de todo, la imitación de Cristo ha de convertirse en el deber de las y los vírgenes para alcanzar la santidad,<sup>43</sup> según el pensamiento clementino romano. Por ello, el hombre espiritual, en su vía de ascesis, mortifica su cuerpo y lo somete a servidumbre y llegando a ser imagen para los fieles.<sup>44</sup>

Clemente Romano, que en tan alta estima tiene a la virginidad consagrada, afirma que Dios mora en los vírgenes de ambos sexos, donde todo deseo carnal está ausente en los hombres de Dios.<sup>45</sup> Para él son lumbreras de la tierra, real sacerdocio y nación santa.<sup>46</sup> Precisamente por esta razón, se posiciona fuertemente contra el *sineisactismo* o convivencia entre personas de ambos sexos con una finalidad religiosa,<sup>47</sup> y advierte contra la lascivia, ociosidad, murmuraciones, vanidades y otras licencias que surgen de las visitas entre las casas de vírgenes de ambos sexos bajo diferentes excusas y pretextos piadosos, entre ellos las de leer las Escrituras, exorcizarlos o enseñarlos.<sup>48</sup>

Si la primera carta de las denominadas a las vírgenes del papa Clemente dota y configura una teología de la castidad ascética cristiana, la segunda se convierte en un pequeño tratado de buenas costumbres enfocado a estos premonjes cristianos.

Entre la multitud de pequeños consejos morales para proteger la buena reputación y del escándalo innecesario a los cristianos que habían decidido vivir su devoción en virginidad o castidad encontramos temas diversos, creando, voluntaria o involuntariamente, pequeñas leyes consuetudinarias basadas en la casuística que podía producirse o que ya se había producido de forma indeseada y

---

<sup>43</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* VII

<sup>44</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* IX, 1

<sup>45</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* IX, 2

<sup>46</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* IX, 3- 4

<sup>47</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* X

<sup>48</sup> 1 *Ep. Clem. Virg.* X, 4

era necesario evitarla en un futuro, como: la recomendación de no pernoctar donde hay vírgenes;<sup>49</sup> que para dar el ósculo de la paz las mujeres deban cubrir con sus vestidos sus manos y en el caso de los hombres solo su diestra como señal de pudor y decoro;<sup>50</sup> cómo saber actuar moralmente en casos puntuales como en lugares donde solo hay mujeres casadas<sup>51</sup> o en el que solo hay mujeres cristianas<sup>52</sup> donde intervienen cuestiones domésticas o de servicio como el asistirles una anciana de probada educación y costumbres que regrese a su casa para no pernoctar entre ellas,<sup>53</sup> que les ofrece a las mujeres cristianas una mayor libertad al no estar controladas por una autoridad patriarcal que las controle; también encontramos que en el caso de que en determinado lugar haya solo una mujer cristiana, quizá en los preámbulos de un monacato temprano de la tradición de las madres del desierto desarrollado sobre todo en el Egipto del siglo IV, el consejo de Clemente Romano sea alejarse de ellas<sup>54</sup> por miedo a que ellas como foco que pudiera atraer el pecado hacia ellos e incluso intentar que los fieles se alejen de ellas para preservarlas de la tentación y el pecado y no dar que hablar injuriosamente contra ellas y no escandalizar ni a judíos ni a gentiles para que la buena fama de los cristianos se convirtiera en la mejor publicidad de cara a sus opositores para que permeabilizaran sus ideas y fe entre los posibles nuevos objetivos para la conversión, etc.

Al igual que la primera carta posee un *exempla* que toma como referencia, sobre todo, personajes del Antiguo Testamento, tanto positivos como negativos, para concluir en el máximo ejemplo a imitar del Nuevo Testamento, Jesucristo.

---

<sup>49</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* I

<sup>50</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* II, 5

<sup>51</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* III

<sup>52</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* IV

<sup>53</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* IV, 3- 4

<sup>54</sup> 2 *Ep. Clem. Virg.* V, 1. «Es, pues, menester huir de ellos como de la vista de una serpiente y de un pecado grande». (trad. g.). Entiéndase de los lugares donde solo hay una mujer cristiana.

Estas muestras no solo están dedicadas a los miembros consagrados sino a todos los hombres y mujeres religiosos. Entre los ejemplos veterotestamentarios menciona a José,<sup>55</sup> el ejemplo de Sansón,<sup>56</sup> David,<sup>57</sup> de Ammón y Tamar,<sup>58</sup> Salomón,<sup>59</sup> Susana<sup>60</sup> y los profetas.<sup>61</sup> Todos ellos con historias bien conocidas, algunos de los cuales destacaron por su vida virtuosa y casta, mientras otros sufrieron calamidades por sus transgresiones sexuales y religiosas, elementos que a menudo iban imbricados.

De Cristo, y por derivación de él a los apóstoles, Clemente Romano afirma que les servían mujeres, pero no cohabitaban con ellas.<sup>62</sup> Marcando así cuál debía ser la actuación correcta entre hombres y mujeres cristianos, pero sobre todo entre los hombres consagrados, los religiosos o eclesiásticos respecto al sexo femenino. Un axioma clarísimo que sirviera como paradigma de los siglos venideros para la Iglesia católica. La castidad debía abrazarse sin excepción entre los miembros del clero para alcanzar la perfección de la *imitatio Christi* y para conseguir una Iglesia siempre renovada en la tradición apostólica.

Tal fue la importancia de los escritos epistolares de Clemente respecto a los inicios del ascetismo y monacato femenino cristiano que se transformó en un

---

<sup>55</sup> 2 Ep. Clem. Virg. VIII

<sup>56</sup> 2 Ep. Clem. Virg. IX

<sup>57</sup> 2 Ep. Clem. Virg. X

<sup>58</sup> 2 Ep. Clem. Virg. XI. Que se enamoró de su hermana obrando contra el Señor, «Por lo cual no nos conviene ni es cosa decente conversar con las hermanas entre risas y petulancia, sino con todo pudor y castidad y con temor de Dios» (XI, 2).

<sup>59</sup> 2 Ep. Clem. Virg. XII

<sup>60</sup> 2 Ep. Clem. Virg. XIII

<sup>61</sup> 2 Ep. Clem. Virg. XIV. Ya que en Éxodo, hombres y mujeres van por separado y profetas como Eliseo y Giezi o Miqueas no cohabitaban con mujeres.

<sup>62</sup> Ep. Clem. Virg. XV, 3. Clemente ve en Cristo el cénit de lo que ha de ser la pureza cristiana, resaltando incluso que, en su proceso de resurrección, no dejó a María Magdalena que le tocara pues aún no había subido al Padre. Este relato neotestamentario que hubiera sido interpretado bajo la mentalidad judaica como el deseo de evitar algún tipo de impureza que pudiera y transmitirle la mujer, Clemente lo reelabora con una mentalidad cristiana, afirmando que las palabras de Cristo, tras su muerte, a la Magdalena guardaban un contenido de castidad y pudor.

personaje recurrente y legitimador de la santidad de vírgenes consagradas posteriores, como es el caso de Flavia Domitila, a quien las Actas de Nereo y Aquileo adjudican haber recibido la imposición del velo de las manos de este mismo papa, mediante complejas ceremonias, hechos anacrónicos adornados por pías leyendas surgidas de la devoción y el componente emotivo y artístico-literario que de ella pudo derivarse.<sup>63</sup>

### 3. Ignacio de Antioquía

El mártir antioqueno, hace referencia a las vírgenes, bajo la enigmática denominación de «viudas»,<sup>64</sup> tal vez mezclando ya, de forma muy temprana, dos grupos mujeres consagradas bien estructuradas y bajo cierto orden dentro de la Iglesia, aunque no necesariamente refiriéndose a algún cenobio, pues es excesivamente temprano para ello, pero sí que podría presentar algún tipo de organización primaria dentro de la liturgia y ritos cotidianos o festividades extraordinarias, así como la asistencia a algunos grupos desfavorecidos.

También sería plausible el aceptar la denominación de este grupo de vírgenes como viudas si observamos en la asignación de este nombre algún significado místico, donde la virgen desposada ritualmente con el Cristo crucificado espera la llegada de su amado, aun habiendo resucitado ya, en su parusía, siendo así virgen y viuda al mismo tiempo. O en otras palabras, es virgen porque es la novia que espera a su amado y es viuda porque llora su muerte y su ausencia.

---

<sup>63</sup> Vizmanos, *Ibidem*, pp. 50- 51

<sup>64</sup> Ign. *Sm.* XIII, 1. «Saludo a las familias de mis hermanos, con sus mujeres e hijos, a las vírgenes que son llamadas “viudas”. Recibid mi adiós en la virtud del Padre. Os saluda Filón, que está conmigo».

No obstante, las reflexiones e hipótesis que se planteen para resolver las escuetas palabras alusivas a la institución de las vírgenes del obispo Ignacio, continuará abierta, pues es un misterio de difícil solución por la misma falta de documentación hacia este *ordo* tan discreto en la historia antigua de la Iglesia, pero tan importante para el desarrollo e inclusión de la mujer dentro de los espacios eclesiásticos y, como resultado del mismo, la contribución a la educación de las mujeres y la apertura de la cultura al sexo femenino.

Es necesario mencionar que, entre las cartas apócrifas de San Ignacio mártir se encuentra una en particular, la de *Ignacio a los Antioquenos*, que cita una larga lista de oficios y miembros de la administración eclesiástica entre los que se encuentran varios grupos de mujeres que participaban activamente en la vida religiosa de sus comunidades, no solo como fieles laicas. Entre las mencionadas hallamos cuatro grupos bien definidos por sus funciones o grados de consagración de las mismas: las guardianas de las santas puertas, las diaconisas de Cristo, las vírgenes consagradas a Cristo y viudas.<sup>65</sup>

Aunque esta correspondencia ignaciana es conocida desde el siglo XII y llegó a publicarse en una vida del mártir en 1495, hemos de desecharlas por considerarlas espurias, pues al no estar la lista eusebiana<sup>66</sup> no pueden ser admitidas como auténticas entre los especialistas.<sup>67</sup>

Todo ello se traduce en que hemos de tratar la organización eclesiástica tan meticulosa de la carta de Ignacio a los Antioquenos, inclusive a los grupos

---

<sup>65</sup> Ign. *Ant.* XII

<sup>66</sup> Que solo contiene siete cartas que son plenamente aceptadas como auténticas entre los historiadores, a saber: 1) *Ignacio a los Efesios*, 2) *Ignacio a los Magnesios*, 3) *Ignacio a los Tralianos*, 4) *Ignacio a los Romanos*, 5) *Ignacio a los Filadelfios*, 6) *Ignacio a los Esmirnotas*, y 7) *Ignacio a Policarpo*. Eus. *HE*, III, 36

<sup>67</sup> Ruiz Bueno, *Ibidem*, pp. 371- 372

organizados de mujeres tan bien definidos dentro de la Iglesia, como fantasiosa para finales del siglo I y principios del II<sup>68</sup> que se supone que describe.

#### 4. Policarpo de Esmirna

Este obispo, ordenado por el mismísimo San Juan apóstol según el testimonio de Tertuliano e Ireneo de Lyon, discípulo del mismo; poseía una alta consideración de la abstinencia sexual como medio ascético cristiano, el cual promocionaba entre religiosos y laicos, aunque hayan contraído matrimonio.<sup>69</sup>

El comportamiento de los cristianos, incluido el sexual, debía ser intachable, no solo a ojos de cristianos, sino también de cara a la opinión pública gentil, entre cuyos efectivos se deseaba ganar nuevos miembros para la Iglesia, por lo que el comportamiento ético y social debía ser ejemplar para que sus ideas, pero sobre todo, su fe, calase lentamente entre las filas paganas,<sup>70</sup> grupo que no solo hostigaba a los cristianos desde el punto de vista social y cultural, sino también el legislativo y político, pues las persecuciones puntuales contra cristianos no cesaban. No obstante, el poder residía entre los paganos y los cristianos necesitaban tenerlos

---

<sup>68</sup> Teniendo en cuenta que Ignacio de Antioquía murió en enero del año 107, posiblemente en los juegos circenses celebrados entre los años 106 y 107 para celebrar la victoria contra los dacios, bajo el imperio de Trajano, que menciona Dión Casio (D. C. *Epit.* 63, 15). En esos cruentos juegos murieron diez mil gladiadores y doce mil fieras, según las cifras del mismo historiador. El 18 de diciembre fueron martirizados Zósimo y Rufo y, finalmente el 20 de diciembre fue arrojado a las fieras Ignacio de Antioquía, que falleció durante las *venationes* o escenas de caza programada como espectáculo público, con que se celebraban las fiestas religiosas paganas de las *Saturnalia*.

<sup>69</sup> De este modo, por ejemplo, pide a los diáconos que sean continentes en todo, a los maridos que adoctrinen a sus esposas a la caridad y la castidad, o exhorta a los jóvenes a que guarden la castidad y se refrenen a todo tipo de mal, entre otras incitaciones a la ausencia o reducción de la vida sexual del cristiano. Polyc. Sm. *Ep.* IV, 2; V, 2; V, 3

<sup>70</sup> Polyc. Sm. *Ep.* X. Policarpo exhorta a los cristianos a que sean ejemplos para los gentiles, para que los alaben y no los difamen.

apaciguados si deseaban paz y tranquilidad en sus comunidades eclesiásticas nacientes y crecientes, cada vez a un ritmo mayor.

Sobre las vírgenes, cuya indefinición por completo hace pensar en vírgenes seculares, es decir, jóvenes a la espera del matrimonio, les dedica estas palabras destinadas a que guarden una vida inmaculada, virtuosa y perfecta, como si de las consagradas a Dios se tratasen:

Que las vírgenes caminen en intachable y pura conciencia.<sup>71</sup>

El valor que Policarpo de Esmirna le dio a la abstinencia sexual era tan alto, que él mismo prefirió abrazar la vida célibe, tras un período de eremitismo en el que procuraba evitar las malas compañías.<sup>72</sup> Prefirió la vida casta y ascética por la mayor libertad para dedicarse a las cosas divinas que la vida en matrimonio le negaba o, al menos, entorpecía:

Viendo que fue a la edad viril, inflamándose en nuevo deseo de la piedad para con Dios. Ahora bien, dióse cuenta Policarpo de cuán propia sea a la ascesis la libertad, que muy pocos alcanzan, y señaladamente para quienes han escogido la vida generosa y libre de impedimentos de su alma, y cómo el que no está atado a la tierra por la cadena del matrimonio ha recibido de Dios como un ala para remontarse a un género de vida más bien supraterráneo y al que sube con fácil vuelo.<sup>73</sup>

Según la *Vida y Hechos de Policarpo de Esmirna*, que ofrece datos que aunque no podemos atribuir al mismo Policarpo, pues solo nos ha legado como escrito auténtico la *Epistula ad Philippenses*; en el que se destaca un gran valor ascético

---

<sup>71</sup> Polyc. Sm. Ep. V, 3

<sup>72</sup> Vit. Polyc. VII

<sup>73</sup> Vit. Polyc. IX, 1

inherente a la vida cristiana, por el cual se pretende que el obispo de Esmirna dotó de una graduación cualitativa sobre el tipo de abstinencia sexual según su adhesión al cristianismo en un estado cívico u otro. La pretendida estructura o escala de valores socio-religiosos, divididos en tres peldaños o grados, ascendente,<sup>74</sup> es la siguiente:

En primer lugar estaría la continencia y la virginidad.

Policarpo destaca que la virginidad ha de abrazarse voluntariamente, no por imposición de la autoridad paterna o socio- jurídica, es decir, por orden de padres o amos. Ya que, solo a través de un ejercicio de libertad puede entenderse un trasfondo religioso y ascético en la abstinencia sexual. Que, por otra parte, aspira a ser superior y trascendente de cara al individuo y la sociedad (personalista y transpersonalista).

Otorga a la pureza o ausencia sexual una teología del reino venidero. Esto hemos de entenderlo bajo la óptica del pensamiento apocalíptico judeo-cristiano, en el que, tras la resurrección de la carne, el cuerpo renovado se asexualaría, pues no sería necesaria una siguiente generación en el fin de los tiempos, y seríamos equiparables, aunque no idénticos al estar dotados de cuerpo, a los ángeles, que son puro espíritu.

Incluso se permitía escudriñar en la etimología ascética- sexual y observar en ella atributos del mismo Dios:

Solía él decir que la pureza era la precursora del venidero reino incorruptible y que la continencia o *eunouchía* había tomado su nombre del hecho de alcanzar gran benevolencia o *eúnoia* delante de Dios; y que el nombre de virginidad o *parthenía*

---

<sup>74</sup> Es decir, el tercero tendría para Policarpo mayor valor que el primero.

derivaba de que el pensamiento de tal templanza era gracia de Dios. Y, en efecto, los que tal género de vida abrazan mortifican el fuego de la carne.<sup>75</sup>

Para el obispo Policarpo la viudedad es el segundo grado de castidad, que sobrepasa en mérito al primero.<sup>76</sup> Del mismo modo que la virginidad, también la continencia sexual se elige, lo cual le da un mayor valor ético y espiritual, pues la vida ascética no es impuesta, a pesar de la presión social y jurídica ajena a las decisiones voluntarias posteriores del individuo en estado de viudedad, sobre mantener su castidad o no.

Finalmente, el tercer puesto, y el más importante, de pureza lo ocupa la castidad voluntaria.

Este grado, en efecto, muestra más generoso propósito en quien lo elige que en quien se contenta sólo con un casamiento o cesa en el ya habido y confiesa mayor fuerza de Dios que tal gracia concede. Pues que el escogerlo sea cosa voluntaria, y el poderlo don de Dios, diolo a entender el Salvador cuando dijo que hay quienes se castran así mismos por el amor del reino de los cielos (Mt 19, 12) y que no todos comprenden estas palabras (Mt 19, 11).<sup>77</sup>

Las vírgenes incluso son utilizadas como recurso literario, asignándoles a su pureza voluntaria y consagrada un valor simbólico- espiritual añadido, el de la veracidad, al actuar como vehículo divino; como es el caso de la lista de signos maravillosos y sobrenaturales que designaban y apuntaban a Policarpo como sucesor de Búcolo en el episcopado de Esmirna:

Reunidos, pues, y estando el templo rebosante, rodeó a todos la gloria de una luz celeste, y algunos hermanos tuvieron maravillosas visiones. Uno vio una paloma blanca sobre la cabeza de Policarpo, circundada de un nimbo de luz; otro le vio, antes de sentarse, como si

---

<sup>75</sup> *Vit. Polyc.* XIV, 2

<sup>76</sup> *Vit. Polyc.* XVI, 1

<sup>77</sup> *Vit. Polyc.* XVI, 3

ya se hubiera sentado en el lugar; otro, con parte de soldado y ceñido de una correa roja; otro, vestido de púrpura y una luz que iluminaba su rostro; una virgen fiel y modesta le vio de doble talla de la que era, y sus vestidos, por la parte del hombro derecho, teñidos de grana, su cuello blanco como la nieve y encima un sello.<sup>78</sup>

## 5. Hermas

Exceptuando algunos consejos morales marcadamente dualistas propios de Bernabé,<sup>79</sup> o la breve referencia enigmática y opositora de Eva y María en una teología alegórica del árbol de la ciencia y el del conocimiento del bien y del mal, cuya relación estriba en una contraposición o transmutación mística de lo corrompido (Eva) a lo puro y virgen (María);<sup>80</sup> no existen referencias claras a la abstinencia sexual como forma de manifestación religiosa dentro de la estructura temprana social e institucional de la Iglesia,<sup>81</sup> hasta Hermas.

El *Pastor* de Hermas, escrita a mediados del siglo II y citado por los Padres y Doctores de la Iglesia hasta la Edad Media, fue reconocida como Escritura inspirada tanto por Ireneo de Lyon, como Clemente de Alejandría u Orígenes. Sin embargo, Eusebio clasificó esta obra como *nothoi* o espuria, es decir, que bajo

<sup>78</sup> *Vit. Polyc.* XXI, 2

<sup>79</sup> La acentuada oposición entre el camino de la luz y el camino del «Negro» (*Ep. Barn.* XVIII- XX; término con el que desde los orígenes del cristianismo se utilizó como alusión al Demonio o lo demoníaco tomando mayor importancia y aceptación en la hagiografía de Atanasio *Vita Antonii*, 6. Surgido como miedo a la alteridad y la identificación romana del hombre y la mujer etíope con el sexo según desarrolla David Brakke en su obra *Demons and the Making of the Monk. Spiritual Combat in Early Christianity*. pp. 157- 181.) que parece acercarlo ilusoriamente a posiciones cercanas al marcionismo, aunque estuvo presente desde sus orígenes bajo otras denominaciones ético-iniciáticas. La *Didaché*, por tomar un presente antiguo bien conocido, con el que se inicia la colección patrística de los Padres Apostólicos distingue entre el camino de la vida y el de la muerte (*Did.* I.). De un modo u otro siempre expresan un dualismo moral en el que se divide el cosmos, en una contraposición clara, ofreciendo al ahora conocedor de estos dos caminos la libertad de elección entre uno u otro.

<sup>80</sup> *Dg.* XII

<sup>81</sup> Es necesario obviar a Papías; ya es suficientemente difícil reconstruir su historia y sus escritos fragmentarios y distribuidos a lo largo de otros textos de la patrística en forma de citas escuetas como para que se pueda extraer una idea clara de su teología y ética de la Iglesia.

ningún concepto se la puede admitir como inspirada. En un término medio se manifestó Atanasio de Alejandría que, aunque lo puso fuera del canon lo admitió como obra edificante e introductoria a la fe. No todos los autores cristianos conocieron esta obra, como es el caso de Agustín, pero las progresivas condenas por parte de algunas de las autoridades eclesiásticas de renombre (Jerónimo, Rufino, Beda, etc.)<sup>82</sup> causó que esta obra mística de revelaciones y progresiva búsqueda de la pureza espiritual y ética, de contenido privado y público a la vez,<sup>83</sup> fuera cayendo progresivamente en el olvido, bajo una sutil discreción, pero no desapareciendo del todo.

El *Pastor* puede definirse como una llamada a la penitencia. En él abundan un mundo de vicios y pecados aunque Hermas insiste en destacar la idea de que la mayoría de los santos (denominación aplicada en los escritos más antiguos de la patrística a los cristianos), se mantuvieron firmes en la virtud y fe tras el bautismo.<sup>84</sup>

Es significativo que la Iglesia llene el *Pastor* de Hermas, aunque su autor no pertenezca a la jerarquía eclesiástica. Tras su *metánoia*, de su conversión sincera a Dios y convicción de la proximidad de la parusía de Cristo<sup>85</sup> dota de una alta estima e idealización de la Iglesia a la que posiciona en una cosmovisión eclesio-céntrica: “La Iglesia forma el centro del universo y la razón de ser de la creación”.<sup>86</sup>

---

<sup>82</sup>Ruiz Bueno *Ibidem*, pp. 688- 696

<sup>83</sup> El *Pastor* de Hermas alberga entre sus líneas información biográfica de su autor, contenido socio-cultural de la Roma tardoantigua, estructura de la Iglesia más antigua de Roma, algunas de las primeras alegorías y simbología de la cristiandad, contenido místico y literario, así como revelaciones de interés privado y público para la Iglesia primitiva que pone de manifiesto las tensiones que se producían dentro de la Iglesia a causa de la rigidez de las jerarquías eclesiásticas para conceder el perdón tras producirse el pecado tras el bautismo (siguiendo la teología paulina) y la creciente necesidad de la instauración de la penitencia como vía absolutoria para que no se produjeran más pérdidas entre los fieles más débiles de carácter.

<sup>84</sup> Ruiz Bueno *Ibidem*, pp. 701- 702

<sup>85</sup> Ruiz Bueno *Ibidem*, pp. 710- 711

<sup>86</sup> Ruiz Bueno *Ibidem*, p. 729

Por ello, en sus visiones, cada grupo estructural de la Iglesia primitiva estará no solo idealizado sino también alegorizado y sometido a una simbología, algunas veces sencillas y otras crípticas, tanto para sus lectores coetáneos como para los contemporáneos nuestros.

Bajo este prisma al que sometía su pensamiento a la Iglesia, las mujeres y en especial las vírgenes, tendrán un papel destacado. Desde el principio el pecado de pensamiento y la necesidad de abstraerse del mundo absolutamente, pues el mundo está inmerso en el pecado por definición, causan tensiones prácticamente irresolubles en la mente de Hermas. El pecado de obra o pensamiento, de acción u omisión, manchaba el bautismo por el que este quedaba sepultado, y el iniciado llamado a la santidad caía inexorablemente. Por esta rigidez teológica la Iglesia debía ejercer de nuevo el perdón mediante la regulación de un sistema penitencial que aporte un rito, público o privado, que ejecute la liberación de la agonía espiritual al pecador arrepentido. De esa tensión psicológica nace el *Pastor* y aporta una nueva esperanza a los llamados a la salvación que tropezaron en su camino espiritual:

Que se arrepientan las almas de aquellos que no tienen ya esperanza, los que han desesperado de sí mismos y de su vida. Tú, empero, haz oración a Dios, y Él te curará tus pecados, y no sólo los tuyos, sino los de tu casa entera y de todos los santos.<sup>87</sup>

Y es por ello que las vírgenes, aquellas que no conocieron el pecado de la carne, cuya inocencia y pureza se mantuvieron intactas en su primitiva consagración a Cristo, ocupan un lugar tan destacado en sus visiones. A veces como personajes activos y en un plano pasivo respecto al visionario, otras

---

<sup>87</sup> Herm. *Vis.* I, I, 9

interactuando con él, o como *psicopompos* con un rol más acentuado que el que ocupa este arquetipo en los mitos clásicos.

Las vírgenes alegóricas tendrán un papel destacado en la construcción de la torre que simboliza a la Iglesia, una hermosa contraposición a la inacabada y maldita torre de Babel.

Entre las virtudes de la visión, personificadas por siete mujeres que, en torno a la torre, la sostienen por mandato divino. Una es hija de la otra, de manera que una está comprendida o inserta en la otra, y todas participan en comunión de cada madre-hermana y sostienen a Iglesia por igual. Estas son Fe, Continencia<sup>88</sup>, Sencillez, Ciencia, Inocencia, Modestia y Caridad.

La abstinencia sexual ocupará también un lugar destacado entre los mandamientos contenidos en el *Pastor*. Tal es así que, en el mandamiento primero se exige ser continente.<sup>89</sup> Que en cierto modo está relacionado con el segundo, que pide sencillez e inocencia al buen cristiano.<sup>90</sup> Aunque es aún más explícito en el mandamiento cuarto sobre la castidad aunque en relación a evitar el adulterio.<sup>91</sup> La castidad en la viudedad de una mujer le otorgará mayor honor y gloria ante el Señor que si contraen nuevas nupcias, según el mandamiento cuarto<sup>92</sup>. El mandamiento sexto volverá sobre el tema de la continencia, aunque esta vez como virtud hermana de la fe y el temor a Dios.<sup>93</sup>

---

<sup>88</sup> El problema de la dificultad de aceptación de la abstinencia sexual que se les imponía a los primeros cristianos está también representado desde un punto de vista social en el *Pastor de Hermas*, como es el caso de los neófitos que querían oír la palabra de Dios pero no se bautizaban por la castidad que se les exigía (Herm. *Vis.* III, VII, 3).

<sup>89</sup> Herm. *Mand.* I, 1- 2

<sup>90</sup> Herm. *Mand.* II, 1- 3

<sup>91</sup> Herm. *Mand.* IV, 3

<sup>92</sup> Herm. *Mand.* IV, 4, 1- 4

<sup>93</sup> Herm. *Mand.* VI. En él se dice que hay dos ángeles en cada hombre: uno de la justicia y otro de la maldad. El de la justicia opera así: es delicado, vergonzoso, manso y tranquilo. Habla de justicia, castidad, santidad, mortificación y toda virtud gloriosa. Mientras que el de la maldad es impaciente, amargo e insensato, conduce a toda clase de pecados y placeres terrenales.

Asimismo, en las comparaciones del Pastor, en concreto de la segunda interpretación de la parábola del esclavo y la viña, podemos extraer una de las principales razones por la que la mejor opción tras el bautismo era la castidad, ya que entre los consejos del Pastor (Ángel de la Penitencia) a Hermas de no mancillar su carne, están dirigidos a no mancillar el Espíritu Santo que habita en él tras ser limpiado por las aguas bautismales de los pecados de su vida anterior. En el pensamiento de Hermas, Espíritu y carne están unidos en comunión, de este modo, la impureza de uno contamina al otro.<sup>94</sup>

En la comparación novena vuelve la simbología de las vírgenes. Eran doce en concreto, en clara representación de los doce apóstoles, herederos a su vez de las doce tribus en el nuevo pueblo elegido por Dios. El carácter de estas mujeres era alegre y animoso. Vestían túnicas de lino ceñidas, con un hombro, el derecho, al descubierto para soportar varonilmente una carga,<sup>95</sup> pues ese era su cometido, transportar, por orden de seis hombres (ángeles) de alta talla y gloriosos, de aspecto similar, unas piedras (almas), algunas de las cuales debían ser preparadas por diferentes procesos (de penitencia- purificación) para ser aptas para la construcción de la torre (Iglesia),<sup>96</sup> hasta que llegara el dueño a examinar su construcción (parusía)<sup>97</sup> y culminara así la consumación de los tiempos (Juicio Final).

Las vírgenes no solo transportaban las piedras sino que eran las centinelas que custodiaban la torre.<sup>98</sup> En definitiva, la pureza era edificadora y guardiana de su Iglesia.

---

<sup>94</sup> Herm. *Sim.* V

<sup>95</sup> Herm. *Sim.* IX, 2, 1- 7

<sup>96</sup> Herm. *Sim.* IX, 3, 1- 5; 4, 1- 8; 5, 1- 6

<sup>97</sup> Herm. *Sim.* IX, 6, 1- 8; 7, 1- 3

<sup>98</sup> Herm. *Sim.* IX, 6, 1- 8; 7, 1- 3

Las piedras desechadas (almas de pecadores mortales o irrelapsos) fueron igualmente conducidas por doce mujeres, antítesis de las anteriores, que presentaban un aspecto bellissimo, vestidas de negro y ceñidas, de hombros desnudos y cabellos sueltos.<sup>99</sup>

Tras la aparición de estas mujeres de negro, vuelven a aparecer las vírgenes. El Pastor entra en escena puliendo la torre, en su función de ángel de la penitencia, y las vírgenes le siguen en una función secularmente femenina, pero en absoluto deshonrosa, la limpieza.<sup>100</sup>

Incluso, observamos un nuevo comportamiento en Hermas hacia las mujeres en la siguiente escena de su visión extática, gracias a las vírgenes. Mientras el *Pastor* comienza con un deseo indecoroso, con un pensamiento pecaminoso, en el que ve a Roda, la que fuera su dueña desde niño y criara como su propio hijo, bañándose en el Tíber, a la cual al salir del agua, pensó que hubiera sido feliz si se hubiera casado con una mujer de tanta belleza y carácter. Posteriormente, Hermas cuenta como la volvió a ver en visión bajar del cielo y reprocharle:

A tu corazón subió el deseo de la maldad.<sup>101</sup>

A lo que posteriormente se le apareció una alegoría de la Iglesia, personificada en una anciana que con el pasar de las visiones irá rejuveneciendo, y

---

<sup>99</sup> Herm. *Sim.* IX, 7, 4- 7; 8, 1- 7; 9, 1- 7. La identidad de las mismas es de difícil resolución, tal vez se trate de viudas por sus atuendos negros, de sacerdotisas encargadas de la penitencia por su traje ceñido, tal vez son plañideras o pecadoras por sus cabellos sueltos; puede que incluso se trate de un icono o arquetipo de las mujeres salvajes e irracionales, de la sexualidad femenina (son ellas con las que pecaron estas almas o rocas que transportan –ver más adelante Herm. *Sim.* IX, 13, 2- 9), de la maldad personificada o de ángeles caídos que arrastran a los pecadores al lugar que les corresponde, fuera de la Iglesia uniforme, tal y como observa Hermas junto al Pastor a la torre.

<sup>100</sup> Herm. *Sim.* IX, 10, 1- 6

<sup>101</sup> Herm. *Vis.* I, I, 2

le exigirá un comportamiento ascético ante la aceptación plena de su vocación cristiana:

Hermas, pórtate como un hombre.<sup>102</sup>

Lo que exigía de su parte la abstinencia sexual completa para que su vida mística fuera completa y su contacto con la Divinidad permanente.

Volviendo al asunto de la conducta cambiante y renovada hacia las mujeres que le aportó a Hermas la visión de las vírgenes edificadoras de la Iglesia; el Pastor, tras pulir la torre se marchó y encomendó a las vírgenes a Hermas en su ausencia, para que el deseo hacia ellas tornara en casta fraternidad.<sup>103</sup>

Las vírgenes le dijeron explícitamente a Hermas que dormiría con ellas como un hermano, evidenciando que en la inocencia de su trato no habría dobles intenciones y que su compañía le serviría como lección.

Todas lo besaron y jugaron con él, que sintió rejuvenecerse. Pusieron sus túnicas de lino en tierra y rezaron junto a Hermas. A la mañana siguiente volvió el Pastor<sup>104</sup> una vez limpia el alma del visionario.

Las vírgenes volverán a aparecer en la explicación, cuanto menos crítica, por la multiplicidad de interpretaciones que tanto el *Pastor* en sí otorga, como a las que se presta por los lectores contemporáneos; tanto el valor iconográfico y simbólico de las mismas como el de las mujeres de negro, siempre enigmáticas:

Los que recibieron el nombre del Hijo de Dios (cristianos neófitos o bautizados), debían revestirse de las vestiduras de las vírgenes; que a su vez son sus nombres (de las doce vírgenes virtuosas cuyos nombres han sido mencionados

---

<sup>102</sup> Herm. *Vis.* I, IV, 3

<sup>103</sup> Herm. *Sim.* IX, 10, 1- 6

<sup>104</sup> Herm. *Sim.* IX, 10, 7; 11, 1- 9

con anterioridad) y las virtudes del Hijo, para que sirviera de provecho (su bautismo y portar el nombre de Cristo).

Los que fueron desechados se desvistieron del vestido de los vírgenes y aceptaron ser seducidos por las mujeres de hombros desnudos y vestidas de negro, con sus cabellos sueltos. Por eso ellas se los llevaron.<sup>105</sup> Arrastrándolos al pecado y conduciéndolos fuera de la Iglesia, uniforme, santa e inmaculada.<sup>106</sup>

La posibilidad de que abandonen a las mujeres de negro y lo que ellas representan y vuelvan a tomar la virtud de las vírgenes está representada en la tregua que se estipuló en su orquestada visión de la construcción de la torre, pues la penitencia es el objetivo final tanto de la visión de Hermas como de su enseñanza y transmisión de una nueva esperanza y retorno a la pureza del comportamiento cristiano de los orígenes que se había debilitado y corrompido en tan poco tiempo.<sup>107</sup>

Así el Pastor continúa revelando a Hermas el nombre de las vírgenes y el de las mujeres de negro, para darle una dimensión aún más completa a la revelación de los hechos vividos en visión por el hombre renovado en el que se convierte Hermas.

---

<sup>105</sup> Herm. *Sim.* IX, 13, 2- 9

<sup>106</sup> Tal y como se muestra simbólicamente en la torre que el Pastor muestra a Hermas en su éxtasis místico.

<sup>107</sup> Para Hermas, que según el Fragmento Muratoriano fue hermano del papa Pío I (141- 155), la Iglesia del siglo II era ya anciana y lejana a la santidad apostólica, donde los hipócritas o de “almas dobles” y apóstatas se mezclaban con los mártires. A los humildes se les sumaban los ricos de fe tibia y los gnósticos enseñaban sus doctrinas desde las cátedras. Por lo que la corrupción y la degeneración de la fe tuvo que conducir, necesariamente, y en el contexto y pensamiento de la época, a que Hermas viera en el tiempo que le tocó vivir la cercanía del fin de los tiempos y la próxima, si no inmediata, parusía de Cristo. Ver, Ruiz Bueno, *Ibidem*, pp. 697- 701; y, *Enquiridion bíblico. Documentos de la Iglesia sobre la Sagrada Escritura*, Madrid, 2010, pp. 2- 7. (versión del *Canon Muratori* bilingüe latín- español).

Las cuatro más importantes son: Fe, Continencia, Fortaleza y Paciencia; y las otras, Sencillez, Inocencia, Castidad, Alegría; Verdad, Inteligencia, Concordia y Caridad. Quien llevase estos nombres junto al del Hijo de Dios, llegaría a su reino.

Mientras que los nombres de las mujeres de negro son: las cuatro más importantes, Infidelidad, Incontinencia, Desobediencia y Engaño; y las otras, Tristeza, Maldad, Disolución, Impaciencia, Mentira, Insensatez, Murmuración y Odio. El que, siendo siervo de Dios, llevara estos nombres, vería el reino de Dios, pero no entraría en él,<sup>108</sup> para mayor tormento y castigo por su infidelidad y deslealtad a la divinidad y su abandono por seguir a otros vías alternativas al único camino real, es decir, a Cristo, único camino, verdad y vida para la salvación en el pensamiento cristiano.<sup>109</sup>

Las vírgenes no abandonarán a Hermas. Tras la despedida final del Pastor, éste le encomendará a las vírgenes, para que ellas le ayuden a guardar los mandamientos en que le instruyó el Ángel de la Penitencia en su largo paseo por las revelaciones de los misterios de la Iglesia. Le aconseja y advierte, al mismo tiempo, que mantenga su casa (alma) limpia, pues las vírgenes no soportan una casa sucia y se marcharán. Además de pedirle que predique varonilmente (ascéticamente) en su ministerio las magnificencias de Dios.<sup>110</sup>

El ángel se marcha, no sin antes advertir a Hermas de su regreso (mencionado en tercera persona) y el envío de las vírgenes (pese a que ya le dijo que no se separarían de él) –todo ello contribuyendo aún más al misterio que rodea a una de las más antiguas visiones extáticas de la historia del cristianismo- a su casa (ahora sí en un doble sentido trascendente (alma o visión postrera) o

---

<sup>108</sup> Herm. *Sim.* IX, 14, 4- 6; 15, 1- 3

<sup>109</sup> Jn 14, 6

<sup>110</sup> Herm. *Sim.* X, 3, 1- 5; 4, 1

inmanente (meramente material y espacial en el que volverá a desarrollarse la visión venidera).<sup>111</sup>

## 6. Conclusiones

Pese a que la documentación analizada es escueta, la mayoría de las veces simples o intrascendentales y, en ocasiones, críptica en su significado, es posible afirmar, a grandes rasgos, que los Padres Apostólicos observaron y reflexionaron sobre el movimiento ascético-urbanita de la virginidad bajo 3 perspectivas: 1) eclesial; 2) teológica y 3) simbólica.

Bajo esas 3 ópticas las sublimaron y transformaron en una ascesis mística e hierática, cuya idealización hizo de la virgen el prototipo transferible y adaptable a la mujer de la presente y futuras generaciones de perfectas cristianas; condicionando las venideras manifestaciones religiosas femeninas, pero, a su vez, otorgando una libertad a las mismas y una admiración reverencial por parte de sus correligionarios varones verdaderamente fascinante para el contexto social a examinar, con muy pocos precedentes en la Antigüedad.

La virginidad como estado físico, ético y social, unido al profetismo en el ámbito doméstico y el desierto de las primeras madres confundidas con monjes varones, aportó una carta de presentación ante sus correligionarios varones que vieron en ellas mujeres deseosas de participar de la nueva religión y que se adhirieron rápidamente a modelos ascéticos cuya dureza era asimilada a lo varonil, por ello, bajo una visión sineisáctica alcanzaron un lugar activo dentro del naciente monacato cristiano y una aceptación por parte de los primeros eclesiásticos cristianos que eran herederos directos del judaísmo, religión

---

<sup>111</sup> Herm. *Sim.* X, 4, 2-5.

patriarcal, y fueron ensalzadas, para bien o para mal, por dichos hombres de Iglesia, pues asumieron en ellas un componente ético- simbólico basado en un comportamiento moral intachable o íntegro entre ambos sexos y una carga de la impureza y el pecado que criminalizaba a ambos sexos pero que en ellas posteriormente se elevó en importancia por razón de su estado, o en otras palabras, mientras que en los monjes varones la virginidad derivó en celibato o castidad, en ellas continuó la integridad total y originaria de sus cuerpos, la virginidad, como componente de aceptación y valoración eclesial y sociológico dentro de las comunidades cristianas.

## Bibliografía

### Fuentes

- Atanasio, *Vida de Antonio*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 2013
- Biblia de Jerusalén*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2009
- Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, Biblioteca de Autores Cristianos Madrid, 2010
- Enquiridion bíblico. Documentos de la Iglesia sobre la Sagrada Escritura*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2010
- Padres Apostólicos y Apologistas Griegos (s. II)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009

### Bibliografía

- Brakke, David, *Demons and the Making of the Monk. Spiritual Combat in Early Christianity*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, 2006
- Brown, Peter, *El Cuerpo y la Sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Muchnik Editores, Barcelona, 1993
- Carolyn Osiek; Kevin Madigan, *Mujeres Ordenadas en la Iglesia Primitiva*, Editorial Verbo Divino, Navarra, 2006
- Carrasquer Pedrós, María Sira, *Primeras Madres Occidentales*, Monte Carmelo, Burgos, 2003
- Colombás, García M., *El monacato primitivo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004

- Estévez López, María Elisa, *Las Mujeres en los Orígenes del Cristianismo*, Editorial Verbo Divino, Navarra, 2009
- Elm, Susanna, *Virgins of God. The making of ascetism in Late Antiquity*, Clarendon Press, Oxford, 2004
- Masoliver, Alejandro, *Historia del Monacato cristiano. III. Siglos XIX y XX. El monacato oriental/ El monacato femenino*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1994
- Mc Donnald, Margaret Y., *Mujeres en el Cristianismo Primitivo y Opinión Pagana*. Editorial Verbo Divino, Navarra, 2004
- Mc Donnald, Margaret Y., Osiek, Carolyn; Tulloch, Janet H., *El Lugar de la Mujer en la Iglesia Primitiva*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2007
- Mc Namara, Jo Ann Kay, *Hermanas en Armas. Dos milenios de historia de las monjas católicas*, Herder, Barcelona, 1999
- Metz, René, *La Consagración de las Vírgenes. Ayer, hoy, mañana*, Madrid, 2001
- Olso, Carl, *Celibacy and religious traditions*, Oxford University Press, New York, 2008
- Serrato Garrido, Mercedes, *Ascetismo Femenino en Roma*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1993
- Soler, Josep M., "Las Madres del desierto y la Maternidad espiritual", pp. 45- 63, en De La Serna González, Fray Clemente, OSB *Mujeres del Absoluto. El monacato femenino historia, instituciones, actualidad*, Burgos, 1985
- Soler, Josep M., "Las Madres del desierto y la Maternidad espiritual", pp. 45- 63, en De la Serna González, Fray Clemente, OSB. *Mujeres del Absoluto. El monacato femenino historia, instituciones, actualidad*, Studia Silensia XII, Abadía de Silos, Burgos, 1986
- Valverde Castro, M. del R. "Mujeres "viriles" en la "Hispania" visigoda. Los casos de Gosvinta y Benedicta", *Studia historica. Historia medieval*. Salamanca, núm. 26, 2008, pp. 17- 44

Vizmanos, Francisco de B., *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. Estudio histórico y Antología patristica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009

**Para citar este artículo:**

Galisteo Leiva, Jesús, “El *Ordo Virginum* en los Padres Apostólicos: testimonios del ascetismo femenino en las primeras comunidades cristianas de la segunda generación”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 15, Santiago, 2018, pp.1-37